

## ENCUENTRO CON VÍCTOR JIMÉNEZ

### VERSOS Y AFINIDADES

Por AQUILINO DUQUE GIMENO

Hace unos años intervine yo por vez primera en el jurado que concedía el premio “Florentino Pérez Embid” de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras y el premio recayó en un poeta cuyo nombre no me decía nada pero cuyos versos me decían mucho. La tarde que, con motivo de una sesión pública de la Academia, se hacía público el fallo, encontré en el patio a un joven fiscal de la Audiencia a quien conocía de una cena con la que, con ocasión de la salida de un libro mío, me obsequió una peña de jurista gastrónomo.

—¿Qué haces tú aquí? - le pregunté.

— Es que yo soy el autor del libro de poesías que habéis premiado -contestó él.

Este fiscal gastrónomo y poeta se llamaba y se llama Jesús García Calderón y ejerce en la actualidad de fiscal jefe en la Audiencia de Lugo. El libro premiado se titulaba *La provincia*.

No sería ésa la única grata sorpresa que me depararía la concesión de nuestro premio. Otra igualmente grata, aunque de índole muy distinta, sería la de su concesión de nuestro premio. Otra igualmente grata, aunque de índole muy distinta, sería la de su concesión por otro jurado distinto a Víctor Jiménez, poeta del que ya conocía y estimaba entregas anteriores, a saber, *Cuando venga la luz*, *La singladura* y *Apenas si tu nombre*. No es posible despachar los versos de Víctor Jiménez con los tópicos usuales

(“voz personal”, “dominio de la forma”, “poesía de lo cotidiano”, etc). El dominio de la forma viene siendo una característica de los mejores poetas que se han venido afirmando a partir de los años 80, empezando por Fernando Ortiz, que como un antiguo maestro de Retórica y Poética, nos puso a todos a escribir sextinas. Y entre las sextinas de nuestro tiempo, ninguna hay tan redonda como una que escribió Gil de Biedma, poeta con el que Ortiz siempre estuvo en deuda. Si hay una forma de la que hayamos usado y abusado no es sin embargo la de la sextina, sino la del soneto barroco. Dámaso, Muñoz Rojas, Otero, García Nieto, Tejada nos han dejado algunos que están a la altura de sus modelos de imitación. Hay incluso algún poema de Cernuda —“Violetas”, en *Las Nubes*— que, en verso blanco, reproduce según Valente la estructura del soneto barroco. Deliberadamente barrocos eran los sonetos de *La singladura*, de Víctor Jiménez, y es notable que en su siguiente libro, que es el galardonado por nuestra Academia Sevillana, deponga el tono levantado y diga a media voz cosas profundas y bellas. Rastro hay aquí de los *Sonetos espirituales* de Juan Ramón y de las *Galerías* de Antonio Machado. Todo poeta que esté en posesión de un rico mundo interior, sabe que la expresión poética de ese mundo será tanto más eficaz cuanto más sencilla y directa. Esta es la gran lección de Antonio Machado que Víctor Jiménez aprovecha. No le basta sin embargo con llamar a las cosas por su nombre, sino que además las llama por su sombra. ¿Es esa sombra de las cosas la manera de llamarlas en la caverna platónica? Llamar a las cosas por su nombre entraña el riesgo del tópico, ya para eso está la metáfora y está la metonimia y está la sinécdoque. Víctor Jiménez juega además con el parentesco fonético de palabras distintas, como puede verse en el título del libro, y esto, que nunca hubieran hecho Machado ni Jiménez, lo ha hecho José Luis Tejada y, en su estela, Abel Feu y Enríque García Máiquez, y ante que ellos, José Bergamín. Es un modo de sacarle brillo a una frase sencilla y hace falta un arte muy especial, como el que tiene Víctor Jiménez, y tener algo importante que decir, para no incurrir al hacerlo en una mera frivolidad semántica. *Haz borrón y noche nueva, quien siempre desaliento recoge soledades, / te pasarías la vida/ cantando*

*bajo la duda...* El propio Muñoz Rojas tiene un emblema barroco con la leyenda *Las rosas como son*.

Víctor Jiménez no sólo da un sentido nuevo a la frase con una leve modificación, sino que a veces va más allá y llega incluso a volver del revés algún concepto, muy prestigioso además. “Se pierde lo que se canta”, dice Víctor con el aire de querer llevarle la contraria al Machado que dijo “Se canta lo que se pierde”. *¿Se canta lo que se pierde?/Siempre que derramo el alma/el frío la vuelve nieve./ Se pierde lo que se canta*. Yo creo que aquí el poeta se pasa de rosca en su pesimismo. Yo creo haber cantado en esta vida algunas cosas que he perdido, pero no creo haber perdido nada de lo que he cantado. Y si algo me extravió alguna vez, aparece de pronto un Víctor Jiménez, dialogando con el niño que fue y aun es, y me devuelve gozosamente lo que yo daba por perdido. Sí, Víctor, quien siembra versos, recoge afinidades.